

Maximiliano Barrientos
FOTOS TUYAS
CUANDO EMPIEZAS
A ENVEJECER

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2011

© Maximiliano Barrientos, 2011
© de esta edición, Editorial Periférica, 2011
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-92865-33-8
DEPÓSITO LEGAL: CC-799-2011
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Una lengua de tierra cercada por agua. Animales muertos. Vacas, caballos. Un niño mira algo que es imposible determinar. Un reflejo del sol, un cuerpo de persona o de animal flotando, los restos de un auto. A unos metros, una casa prácticamente sumergida: sólo es visible el techo, parte de una chimenea rústica.

La foto fue tomada desde una avioneta que sobrevolaba la zona. Rodeándolos, kilómetros y kilómetros de agua. La premiaron, conmovió a los lectores de periódicos europeos y latinoamericanos. Una foto sensible y profundamente veraz, dijeron, que testimonia la tragedia de las inundaciones que sufrió Beni hace menos de un año.

Saqué un montón mientras sobrevolábamos el área. Quinientas, ochocientas fotos, dijo Ariel. No

hice este encuadre a propósito. Sencillamente apareció allí.

Estábamos solos en la casa y nos acababan de dar la noticia.

Un azar, me explicó. Una combinación milagrosa de circunstancias trágicas, la tonalidad de luz correcta, el instante en el que un niño, que posiblemente murió de disentería — muy cerca de un ternero agonizante o muerto —, miraba algo que nunca podremos saber.

Esa mezcla fortuita fue el inicio de nuestra buena suerte.

Estoy embarazada, dije en ese momento, cuando la euforia de la noticia ya había disminuido y hablábamos de lo que podía significar este premio — fríamente, pensando en mejoras económicas, en viajes, en vidas más plenas.

Ariel se sacó los lentes y sonrió como un tonto.

Sí, dije a pesar de que no había hecho ninguna pregunta. Será hombre. Se llamará Alejandro.

Acelero. Tengo gafas y escucho la radio. El aire acondicionado está encendido. Cuando disminuyo la velocidad para hacer los cambios, apoyo una mano en mi barriga. Si alguien en este momento me

dijera podés cambiar tu vida por cualquier otra, podés retroceder seis años y evitar a Ariel, podés irte a otro país, podés tomar otras decisiones, yo seguiría conduciendo. Mantendría este nivel de velocidad.

Estaciono el auto detrás del Toyota de Karina. Me demoro unos segundos en el interior de la movilidad viendo a mis amigos tomando sol en la piscina. Muchos ya tienen más de treinta y hacen las mismas cosas que hicieron una década atrás. Estoy segura de que si les preguntase si hay una diferencia entre los niños torpes, los adolescentes inseguros y los adultos vanidosos, me dirían que no. Que sus vidas han sido viajes seguros en la continuidad. Kilómetros y kilómetros de lo mismo, deslizándose en una identidad no violentada, dilatada progresivamente a través de los años.

Envejecer, para todos ellos, es ser lo que son, lo que siempre han sido, de una forma menos intensa.

Son los amigos de Ariel y por lo tanto los míos.

Hombres y mujeres a los que nunca visitaría si no estuviera casada con mi esposo.

Hay algo vulgar y reconfortante en observar a hombres y mujeres que empiezan a dejar de ser jó-

venes. En verlos semidesnudos, conversando en los bordes de una piscina, bebiendo cerveza, teniendo la certeza de que tienen vidas maravillosas, de que sus padres están orgullosos.

Puedo ser como ellos para alguien que me observa como yo los observo.

Paso una mano por mi barriga, sonrío, le digo:

Hay fotos de tu mamá en posturas parecidas, con un bronceado envidiable, frívola, incomprensible.

Karina, recostada en una de las sillas playeras, me ve y extiende una mano. Cruza los brazos como si esperase que me justificara por una tontería que acabo de cometer. La saludo. Siempre finge ese enfado mezclado con sorpresa, piensa que le confiere misterio o que la hace raramente atractiva. Quizás es algo mucho más instintivo y mecánico de lo que apenas es consciente.

Ya voy, digo alzando la voz.

Todos me están viendo como si me esperaran desde hace años, como si fuera la homenajeadá, como si hubiera sacado la foto de ese niño famélico rodeado de kilómetros de agua y muerte.

Ariel aparece de uno de los compartimientos. Lo acompaña Mario, sostienen cañas de pescar. Se

detiene a unos metros de la piscina y me observa sin saludarme. Mi esposo es un hombre de treinta y un años. Lleva los lentes con la nueva montura, está de shorts y no tiene polera.

La primera vez que lo vi fue en un bar. Había vuelto de uno de sus viajes y tenía una herida en la cara, se la había hecho durante la cobertura del Integración del Oriente. Tenía exactamente esta misma expresión, como si estuviese asustado, como si tuviera ganas de confesarte un secreto pero no se atreviera. El rostro de alguien prematuramente envejecido que tiene estudiadas unas cuantas excusas seguras que lo convencen de que ha tenido suerte, de que es un sujeto feliz. Yo soy su excusa favorita.

Alguna vez estuve enamorada de ese hombre. Trato de descubrir cuándo, en qué momento, empecé a verlo como ahora lo estoy viendo.

A una de las mujeres —Mariela, Karina o Ximena— se le ocurrió disfrazar a Danae. Le pintaron bigotes de gato y le pusieron una vincha con orejas.

Soy una gata, dice.

Ya sé, cualquiera se da cuenta.

Soy una gata a la que le gusta el agua.

No te vas a la parte honda, quedate acá.

Papá me estuvo enseñando a nadar. Ya sé flotar.
No te apartés de aquí, ¿me oíste?

Danae no responde. Me mira fastidiada, como si intuyese que no la creo, que la sigo viendo como mi hija y no como un felino.

Ariel se sienta a mi lado y me abraza. Me besa. Desde un comienzo —y mucho más cuando empezamos a tener problemas— recurre a este exhibicionismo sentimental, es una forma de demostrarse que las cosas son seguras, de que los afectos son sólidos, de que nada saboteará nuestra relación, de que nada devastador sucederá si somos capaces de mantener las apariencias. Le gusta demostrar lo que puede hacer conmigo, lo que él tiene y todos los otros (Mario, Raúl, Luis) no.

¿Vas a ir a pescar?, pregunta.

Me voy a quedar aquí nomás.

Está lindo el día para pescar.

Quiero echarle un ojo a Danae.

Se queda callado. Fuma.

Fuma alrededor de una cajetilla al día, cuando está nervioso o viaja puede acabarse fácilmente dos. Hace un año trató de dejarlo, pero no pudo. Una tarde Danae le preguntó si se iba a morir. Ariel la miró extrañado y le dijo que no, que los padres nunca mueren. Danae lo abrazó.

Esa noche peleamos, no recuerdo el motivo.

¿Te acordás esa vez que te saqué la foto sosteniendo el pescado?

¿Cuándo lo dejé caer?

Sí.

Hacía frío, empezaba a oscurecer.

Parecías bailando. Como si en ese momento estuvieras bailando. Estabas asustada y alegre al mismo tiempo.

¿Dónde están esas fotos?

Las debo de haber grabado en uno de los discos, no sé. Si querés, cuando llegemos, las busco.

¿Le estás enseñando a nadar?

Mira a su hija, en este momento habla sola. Se aferra a una de las escalerillas de la piscina.

Sí, en menos de un mes va a ser toda una sirenita.

Mario lo llama. Le dice que ya está todo listo, que los peces esperan.

Vuelve a besarme y pasa una mano por mi vientre.

¿Cómo está?

Está bien, se mueve. Es mejor que vayas de una vez.

Danae, acordate de lo que te dije. Practicá, vuelvo en un rato, dice.

Voy a practicar, pa, contesta su hija.

Las mujeres están con los hombres, escucho sus

voces. Me llaman y les digo que estoy cuidando a Danae.

Te dije que no voy a irme a la parte honda, dice enojada, mordiéndose los labios e hinchando los cachetes.

Igual quiero cerciorarme.

Resopla fastidiada. A lo lejos, en las cercanías de la laguna, nuestros amigos beben cerveza y conversan de pesca, de anzuelos, de tipos de peces, de la forma correcta de cocinarlos, de criaderos.

Saco de mi cartera *Las horas* y leo esto:

—*Como una mañana en la que fuimos jóvenes juntos.*

—*Sí. Así.*

—*Como la mañana en la que saliste de esa vieja casa; tú tenías dieciocho y yo, yo acababa de cumplir diecinueve. Tenía diecinueve y estaba enamorado de Louis y estaba enamorado de ti y pensé que nunca había visto nada tan hermoso como tú saliendo por una puerta de vidrio temprano por la mañana, aún adormilada, en tu ropa interior. ¿No es curioso?*

—*Sí — dice Clarissa —. Es curioso.*

—*He fracasado.*

—*Dejá de decir eso. No has fracasado.*

—Sí. Lo hice. Y no quiero que me compadezcan. No realmente. Es sólo que me siento tan triste. Lo que yo quería hacer parecía sencillo. Quería crear algo lo suficientemente vivo e impactante como para que pudiera compararse con una mañana en la vida de alguien. La mañana más común. Imagina, tratar de hacer eso. Qué tontería.

Mi hija flota en el agua, patatea. Hace tan sólo unos años no era capaz de pronunciar palabras, ahora puede entenderlo todo. El sol le da en el cuerpo, en los bigotes de gato, en el pelo rubio, en las orejas de plástico que alguien colocó sobre su cabeza, en los pliegues de piel que se forman entre su brazo y su axila. Tiene los ojos cerrados. Nunca podré saber lo que piensa o siente. Es la mañana de mi hija. Cierro el libro y trato de pensar en una novela o en una película o en una canción tan potente como esta mañana (que la contenga, que la reproduzca), la segunda mañana de sus cuatro años.

Danae procura mantenerse a flote, es disciplinada en cada uno de sus torpes y valientes intentos. Hace lo que su padre le dijo: practica, lucha por ser una gran nadadora. Su mañana es incomparable, intraducible, sólo equiparable a cosas que no

tienen continuidad. Hay algo que hace pensar en la muerte en esta mañana, en su mañana. Quiero decirle eso. Quiero decirle que nunca va a ser la misma persona que es ahora, en este preciso segundo, cuando tiene los ojos cerrados y expulsa el agua por la boca a chorritos. Quiero decirle que nadie más la está viendo a excepción de su madre. Quiero decirle que hay algo profundamente triste y hermoso en la singularidad de sus mañanas. Quiero meterme en el agua y tocarla, saber que el cuerpo de mi hija es real, saber que puedo protegerlo si alguna vez corre peligro. Saber que la belleza de los cuerpos radica en su posibilidad de mutar, que todos los cuerpos son hermosos porque son mortales. Quiero decirle a mi hija, mientras veo el sol filtrándose en el agua y en su piel, que esta hora, este minuto, este segundo es irrepetible e intraducible porque alguna vez yo tendré que morir y ella tendrá que seguir viviendo —y lo sé, es intraducible porque estoy pensando en mi muerte—. Es triste saber que estamos tan separadas en este momento.

En la cocina ayudo a Mariela con las ensaladas. El resto de las personas se encuentra en la parrilla, asan los pescados que extrajeron de la laguna.

Hasta hace unos meses, Mariela estuvo saliendo con un francés que conoció por Internet. Vino a Bolivia, vivieron juntos durante una temporada en un departamento que él alquiló. Cuando se fue cortó el contacto, ni siquiera respondió sus e-mails.

Debe de ser casado, dijo desalentada cuando me lo contó por teléfono.

Mi amiga —la única que no pertenece al grupo de Ariel— es una mujer que no ha tenido suerte con los hombres. Su anterior novio, uno con el que llevó una relación larga y complicada, la extorsionaba sentimentalmente. Mariela tuvo que escapar a España y pasar un año trabajando en distintos oficios para estar lejos de él y de ese mundo torcido que era su vida en común. Cuando regresó volvieron a verse y su vida fue el mismo infierno de antes. No se mostró coherente cuando le pregunté por qué había vuelto con él, supongo que seguía enamorada y no encontraba la forma de explicármelo. Cuando estuvo con el francés su ex novio dejó de hablarle, pero cuando volvió a París, apareció nuevamente. Ahora se ven furtivamente, él tiene otras mujeres, siempre tuvo otras mujeres, relaciones que llevaba descaradamente y que no se preocupaba por esconder. Mariela no logra sobrellevarlo y entra en crisis a pesar de que ya no existe esa cercanía

ÍNDICE

- Primeras canciones, 9
- Suerte, 41
- Fotos tuyas cuando empiezas
a envejecer, 53
- Los adioses, 73
- Las horas, 105